

A QUEMARROPA

www.semananegra.org



GIJÓN, 8 de julio de 2013 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXVI • GRATUITO • Nº 4

PAN, EDUCACIÓN, LIBERTAD



ESPACIO A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch
Página 7

□ Con el título de la última obra de **Petros Márkaris**, que tiene toda la hermosura y la contundencia de un lema revolucionario, abrimos el *quemarropa* de hoy. Queremos pan. Queremos educación. Queremos libertad.

Hoy nos visitan tres capitostes de la literatura: **Leonardo Padura**, **Joe Haldeman** y **José María Merino**. **Félix de la Concha** deleitará al respetable con un nuevo *pregunta mientras pinta*, esta vez con **Guillermo Saccomanno** como modelo, y, a las ocho, una interesantísima mesa redonda sobre *La novela histórica como forma de justicia* tendrá lugar en la Carpa del Encuentro.

Asistir al concierto de **Carlos Jean** con las comisuras chorreando aceite de barbaoca y un bocata de criollo entre las manos, mientras la noria gira, gira y gira, será una forma tan buena como cualquier otra de acabar el día.

EL SUEÑO DE LA CIENCIA-FICCIÓN

Por José María Merino
Páginas centrales

ETIQUETA O CULTA

PAOLO BATAZZA CUETO



Dos tercios de la redacción de AQ charlando con David López.

Salgo de la presentación de *Twist*, de **Harkaitz Cano**, con una frase asida a mis meninges con la fuerza de una lapa: «Todo libro tiene un centro de dolor; un punto en el que se clava el compás, a partir del cual van trazándose sucesivos círculos concéntricos». Mientras emboco el acceso Palafox para allegarme a la pizzería Bocalino y degustar unos jugosos filetes de secreto ibérico en compañía de un buen amigo, sopeso la idea de que lo que vale para un libro valga también para una columna periodística: fijar un epicentro, algo así como un sumidero al revés, a partir del cual una mancha de palabras vaya cubriéndolo todo con paciencia. En *Twist* el epicentro es el asesinato de **Lasa** y **Zabala**. En una columna, la escala árbol/bonsái obliga a reducirlo a cotas más pequeñas.

Punto de dolor. Una caña. El recio Sol de la tarde gijonesa hace refulgir la cerveza con un centelleo ambarino. Pequeñas burbujitas se persiguen verticalmente.

Primer círculo. Una mesa. Dos hombres y una mujer sentados a su alrededor. Los dos hombres son un joven escritor y el director de *A Quemarropa*; la mujer, uno de los dos redactores del mismo periódico. El escritor platica con una locuacidad impropia de los 38 grados de

fiebre que ha venido arrastrando desde Sama de Langreo. La redactora le dedica unas palabras de admiración. El director respira aliviado: va a oficiar su primera presentación en la Semana Negra, y la facundia y



Gillian Price y Rodolfo Santullo.

el desparpajo del escritor lo liberan de la preocupación de deber ser él quien sostenga sobre sus hombros inexpertos el peso de la charla.

Segundo círculo. Una conversación. El siglo XVIII como centuria tan olvidada como fascinante de la historia de España. ¿Comparte el escritor con el director la certidumbre de que ser editor es por lo menos tan estimulante y tan satisfactorio como ser escritor, si no más? La comparte.

¿Conoce el escritor la refinada tortura vikinga consistente en hacer con un puñal sendas rajadas paralelas a ambos lados de la columna vertebral, para después hundir las manos en ellas y sacar a través suyo los pulmones al infortunado hereje? No la conocía. ¿Comparte el escritor con el director la convicción de que las mejores historias, las más sugestivas, las más emocionantes, las más conmovedoras, no son las de amor, sino las de venganza? La comparte. («Soy el espectro de un desgraciado que enterrasteis en las cárceles del castillo de If. A ese espectro, surgiendo por fin de su tumba, el cielo puso la máscara del conde de Montecristo y lo cubrió de diamantes y oro, para que sólo hoy lo reconozcáis. ¡Soy Edmundo Dantés!»).

Tercer círculo. Una plaza entre dos carpas. Atravesándola, un nervudo hombrachón de dos metros de altura y rasgos escandinavos duros y afilados, ataviado con unos pantalones blancos, una camisa azul de manga corta que delata el bronceado de sus brazos, un ancho salacot que oculta una calva perfecta, y una réflex colgada del cuello, todo lo cual le confiere el aspecto de un corresponsal de la guerra de Abisinia.

de gentes de todas las edades y colores abarrotando cada rincón.

Y entonces volver a reducir sucesivamente los círculos.

Dos carpas. En una, **Rosa Ribas** y **Sabine Hoffman** presentan *Don de lenguas*. Rosa Ribas cuenta cómo en los años cincuenta, muchas mujeres españolas pintaban, sobre sus piernas desnudas, rayas que remedaban las costuras de las medias que no podían permitirse comprar. En la otra, **Félix de la Concha** pinta a **Petros Márkaris**.

Una carpa. Félix de la Concha pinta a Petros Márkaris. Durante un desconcertante ochenta o noventa por ciento del tiempo de elaboración del retrato, el rostro que se perfila en el lienzo de De la Concha es el de **Xabier Arzalluz**. Entre el público hay señoras de mediana edad que parecen amas de casa de anuncio de detergente, entrañables parejitas de ancianos que parecen procedentes de un anuncio de dentaduras postizas y niños de ocho o nueve años que parecen arripiezos de anuncio de bollicao. Todos siguen el *pregunta mientras pinta* con la misma atención que **Leonardo Padura**. Algunas de las señoras y algunos de los ancianos incluso ríen aparatosamente los chascarrillos de Márkaris antes de que los traduzca **Lourdes Pérez**.

Un conjunto de sillas. En una de ellas está apostado nuestro **Christian Bartsch**, que teclea con frenesí sobre su portátil haciendo incansable gala de la meticulosidad alemana que delata su apellido. En otra, **Gillian Price**, una estudiante estadounidense, toma notas para una tesis sobre literatura hispanoamericana.

Dos ojos azules, hipnóticos, vertiginosos, abismáticos.



Un lector de A Quemarropa.

LOS OFICIOS DEL DIQUE

Transcripciones literales de entrevistas a trabajadores del astillero realizadas por Rubén Vega, autor de *Astilleros en el Arco Atlántico: trabajo, historia y patrimonio* (Trea).

NINO, AJUSTADOR



El primer día que entré a trabajar en el astillero yo llegué pa casa y le dije a mi hermana: pero si ahí es todo hierro y son barcos lo que estamos haciendo, ¿cómo va a flotar el hierro? Y mi hermana se reía de mí. Yo no había visto el mar nunca en mi vida.

De aquélla, si ibas a por unos guantes, te tenían que durar esos guantes tres meses. ¿A qué obrero le duraban los guantes tres meses si andas con hierro, que te cortas? Y no te los daban. Sacaba el maestro de seguridad un libro y miraba la fecha que te había dado los otros... Y no te los daba.

Cuando yo empecé, no había máquinas semiautomáticas. Era todo a base de soplete y de pinza. Y a base de porra y de gatos, de esos que tienes que tirar con barra. Ahora ponen un aparato que va con láser, pero antes en la línea de ejes principal ponías unos angulares con unas escuadras, que ibas corrigiendo hasta que quedaba bien pa luego empezar a tornear. Y se taqueaba todos los motores principales. Una vez que tenías la línea bien centrada y todo, se taqueaba, ibas ajustando el tacu al motor y luego había que barrenalu. Ahora una vez que está centrado va todo con una resina, en lugar de taco de hierro uno de goma. Y no tiras de lima ni nada como antes. Era mucho esfuerzo porque era casi todo a base de porra. De aquélla era todo manual.

A mí el taller no me gustaba, lo que me gustaba era estar dentro del barco. Nosotros instalábamos la maquinaria dentro del barco. Llegaban las bombas, las metíamos, las retaqueábamos. Uno mete el taco en la base y luego iba soldado o con tornillos, depende, otras iban directas... Y luego, cuando hacían los motores grandes, que vienen sueltos, por ejemplo, en el último quimiquero, nos tocó montar todo el motor, que venía en piezas porque pesaba mucho. Pesaba 280 toneladas, pero venía todo suelto, venía la bancada, luego venía el cigüeñal, venían pistones... y tenías que montarlo.

Foto **Álex Zapico**
Texto **Rubén Vega**

ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidente: Susana Quirós

Tesorero: Ceferino Menéndez

Director del Comité Organizador SN:

José Luis Paraja

A QUEMARROPA

Dirección: Pablo Batalla Cueto

Redacción: Christian Bartsch
Blanca M. García

Colaboradores: Jesús Palacios
Luisi Piñera
Javier Cayado Valdés
Rubén Vega
José María Merino

Fotografía: José Luis Morilla

Preimpresión: Morilla Fotocomposición

Imprime: La Versal

D.L.: A9-3.417/10



CUARENTA AÑOS EN LAS BARRICADAS

En estos tiempos de crisis se extiende cada vez más el rumor de que al que no tiene padrino ni dinero nadie le regala nada, y mucho menos si encima es obrero. Aunque recordemos que por obrero, según puntualizaba ayer el histórico de Comisiones Obreras **Francisco Prado Alberdi** en la Carpa del Encuentro, no se entiende sólo a aquél que trabaja en una fábrica metalúrgica o baja todos los días a la mina, sino que la definición actual de esta clase ha pasado a ser «una condición que adquiere el que tiene que vender la fuerza de su trabajo para poder vivir siempre que su poder de intervención sobre sus condiciones laborales sea mínimo».

Prado Alberdi así lo explicaba durante la presentación, en la SN, de *El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo (1937-1977)*, obra editada por iniciativa de la Fundación Juan Muñiz Zapico —que él mismo preside— y del Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias que ha sido editado con el sello KRK. Coordinado por **Rubén Vega García** y escrito gra-

cias a la colaboración de autores como **Ramón García Piñeiro**, **Claudia Cabrero Blanco**, **Benigno Delmiro Coto** y **Carlos Gordon**, entre otros, el libro es el resultado de «un trabajo militante» de un grupo de historiadores que quisieron ceder su esfuerzo desinteresado para sacar adelante «un proyecto de investigación» iniciado en 2010 con el objetivo de convertirse en un referente. «Hasta ahora no contábamos con ninguna visión global de lo que fue el movimiento obrero en Asturias», indicó Rubén Vega.

La obra viene acompañada de un CD que lleva por título *Clase obrera y movimiento obrero en Asturias (1937-1977). Materiales para su estudio*, y aborda la etapa de la dictadura franquista desde la caída del frente del Norte, en octubre de 1937, hasta las elecciones generales de junio de 1977. Entre sus múltiples capítulos, García Piñeiro recordó durante el acto que no faltan los duros años de la guerrilla, donde «trescientos o cuatrocientas personas podían haber muerto en el Principado».

No faltan tampoco las primeras reivindicaciones de obreros por los accidentes producidos en minas y fábricas debido al incumplimiento de las normas de seguridad, las huelgas e, incluso, el papel que jugaron las mujeres para equiparar sus condiciones salariales a las de

los hombres, obtener permisos de baja por maternidad, y sus constantes denuncias ante la discriminación a la que se veían sometidas.

Para hacer realidad el proyecto, sus promotores han tenido que hacer frente a los problemas de financiación que

acompañan a la crisis, aunque el trabajo, dicen, ha merecido la pena. «El movimiento obrero en Asturias era una referencia obligada en todo el territorio nacional», destacó el coordinador del libro.

Blanca M. García



Howard Chaykin DE VILLANO A SUPERHÉROE



La historia de **Howard Chaykin** (1950), el dibujante que revolucionó el mundo del cómic norteamericano en los ochenta gracias a una peligrosa mezcla de buena narrativa y material polémico, es la historia de un vividor que un día decidió deshacerse de sus malos hábitos y ponerse a trabajar. Al menos, así lo explicaba él mismo durante el encuentro que mantuvo con el público asturiano en Gijón, que se encargó de conducir el director de contenidos de la Semana Negra, **Ángel de la Calle**.

El autor de historias como *Twilight* (DC Comics, 1990), *Iron Man* (Marvel, 2011) y *American Flagg!* (First Comics, 1983-1989), esta última traducida recientemente al español por completo, no se cortó en contar los detalles de sus años locos de sexo, drogas y *rock and roll*. «Desde que tenía dieciséis años hasta que cumplí los cuarenta y uno no pasé ni un solo día sobrio. Me casé tres veces, fui padre de un hijo que no era de mi mujer, y siempre estaba colocado con algún tipo de sustancia», confesó. Howard definió la mayor parte de los trabajos que había realizado tanto en el mundo del cómic como en el de la ilustración en la década de los setenta como «una mierda», fruto de sus juergas nocturnas, sus malas costumbres y su gran pereza. «Un día me di cuenta de que tenía que dejar esa vida».

Así fue como le llegó su gran éxito *American Flagg!*, un explosiva combinación de ciencia ficción y sátira política. «En 1980 me había alejado del mundo del cómic durante dos años por una discusión y me dediqué a la ilustración, hasta que dejé de haber trabajo y tuve que buscarme la vida de otra forma». Chaykin indicó que «unos inversores locos creyeron que podía hacer un trabajo mejor en

el mundo del cómic», y cambió su forma de ver el mundo. «Me di cuenta de que para llegar a ser realmente bueno tenía que trabajar muy duro».

En la Carpa del Encuentro, el estadounidense contó cómo decidió aprovechar el punto de vista «espiritual» de sus historias para centrarse en hacer una buena narrativa. «Para mí, eso es lo importante en un cómic». Los ochenta se convirtieron entonces en sus años dorados. De ellos surgiría, poco después, *Black Kiss* (Vortex Comics, 1988), que supuso un cambio radical hacia las escenas explícitas de sexo y violencia que revolucionó la industria. La idea de *Black Kiss* le llegó después de haber confundido en la Quinta Avenida de Nueva York a un travesti con un antiguo ligue. «Empecé a pensar en la idea de gemelas unidas por un pene umbilical. La idea del doble está presente en muchas de mis obras». Y es que, a diferencia de otros dibujantes, si algo define a Chaykin es su capacidad para abordar historias de lo más variopinto.

A lo largo de su trayectoria, el norteamericano ha trabajado también como guionista de cine y televisión en series como *Flash*, *Mutant X* y *Earth: Final conflict*. De su trabajo en la televisión, asegura haber hecho series que no eran las que solía ver.

En la actualidad, el dibujante dice sentirse feliz de vivir en un barrio pequeño, tranquilo y aburrido, y de currar a destajo. Entre sus múltiples proyectos, trabaja en la serie *Satellite Sam*, y tiene previsto preparar el próximo año la tercera parte de *Black Kiss*. Este amante del cómic realista, pornográfico y político no se considera «una estrella» de estas historias, aunque sí «una leyenda».

Blanca M. García

CRIMEN A CUATRO MANOS

Dicen las escritoras **Rosa Ribas** (Barcelona, 1963) y **Sabine Hoffman** (Bochum, Alemania, 1964) que el papel que tenían las mujeres en la España de la época franquista era tan triste que nadie podía imaginarse que dos de ellas fueran capaces de investigar un crimen. Y también resultaba poco habitual para una época en la que algunas se atrevían a pintarse una costura en las piernas para demostrar que llevaban medias encontrarse a una mujer trabajando en una redacción, aunque, eso sí, tuviera en ocasiones que ejercer de *negra* de algunos de sus colegas, aceptar «las reglas del juego» y escribirle el trabajo a otro.

En este difícil reto fue en el que ambas se embarcaron cuando decidieron escribir juntas un proyecto tan aparentemente complicado como fue su novela *Don de lenguas* (Siruela, 2013), la obra que ayer presentaron en la Carpa del Encuentro con ayuda de la traductora **Lourdes Pérez** y **Ángel de la Calle**.

Amigas desde hacía años, Ribas y Hoffman explicaron cómo un casual encuentro entre ambas después de haberse conocido en la Universidad de Frankfurt y haber escrito ya un relato a cuatro manos propició la idea de emprender unidos el proyecto de una novela negra ambientada en una época que ninguna había vivido. «Lo primero que las dos teníamos claro era que queríamos protagonistas femeninas», afirmó Sabine Hoffman, licenciada en filología románica y germana.

Pero hacer realidad el proyecto costó «muchas discusiones y peleas». «Nos dividíamos los capítulos y a veces las dos queríamos hacer los mismos», indicó Hoffman. Tras tres años y medio de trabajo, y muchas traducciones realizadas por ellas mismas —Rosa Ribas escribía en español y Sabine Hoffman en alemán— consiguieron completar *Don de lenguas*.

La novela, que utiliza como telón de fondo la Barcelona de 1952 y la inminente llegada del

Congreso Eucarístico, narra la historia de dos amigas que acabarán investigando juntas el asesinato de Mariona Sobrerroca, una conocida viuda de la burguesía. En medio de un ambiente hostil de funcionarios y políticos corruptos, policías violentos, prostitutas y ladrones, Ana Martí, novata cronista de sociedad de *La Vanguardia*, será la primera en empezar a indagar en el caso tras recibir el encargo de cubrir el citado asesinato. Para resolver la trama, Ana Martí tendrá que recurrir a la ayuda de la filóloga Beatriz Noguera.

Residente en Alemania desde 1991, Rosa Ribas, autora de novelas como *El pintor de Flan-des* (2006) y *El detective miope* (2011), anunció ayer que su paso por la Semana Negra les ha servido para iniciar en Gijón, de nuevo juntas, la que será su próxima novela.

B. M. G.



GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE



Ayuntamiento
de Gijón

EL SUEÑO DE LA

JOSÉ MARÍ

Con unos dibujos del gran Moebius (q. e. p. d.) ilustra sobre ciencia-ficción, materia en la que

La utilización persistente de la expresión «ciencia-ficción», traducción directa del inglés, ha impuesto su uso generalizado y hasta su inclusión en el Diccionario de la RAE, pero a mí no deja de parecerme un anglicismo perfectamente evitable, si la traducción de *science fiction*, desde los orígenes, hubiera sido la de «ficción científica», del mismo modo que no decimos «amor ficción» para referirnos a la ficción amorosa, ni «policía ficción» para hablar de la ficción policíaca... En esa fácil disposición a aceptar expresiones ajenas mostramos los españoles una curiosa vulnerabilidad cultural. Pero no se trata de discutir la terminología, sino de asomarme a ese mundo imaginario desde mi propia experiencia de lector y autor de algunos textos.

Durante los años de mi juventud, sobre todo mientras fui estudiante universitario —estoy hablando de principios de los años sesenta del pasado siglo, ¡y qué turbador me suena eso de pasado siglo cuando comprendo que ya llevo doce años y pico en éste!— lector voraz de la buena literatura sin adjetivos, desde el Siglo de Oro al XX, con especial interés por el XIX, además de ahondar en el género fantástico, que había descubierto siendo todavía un niño de la mano de Hoffmann, Poe y Bécquer, me encontré con la ciencia-ficción, y fue uno de los hallazgos memorables en mi historia de lector.

He visto que la definición de «ciencia-ficción» es bastante ardua y que autores muy respetables le han dado y le dan vueltas al asunto sin llegar a un acuerdo mínimamente generalizable. En cualquier caso, hay bastantes que se empeñan en adscribirla a lo fantástico, en lo cual yo disiento radicalmente, con los debidos respetos, pues lo que caracteriza a lo fantástico, como señaló Roger Caillois en su libro *Au coeur du fantastique*, es una ruptura del orden conocido, «una irrupción de lo inadmisibles en el seno de la inalterable legalidad cotidiana». Sin embargo, en el mundo de la ciencia-ficción la realidad no se ve perturbada por «lo inadmisibles», sino todo lo contrario: lo más extraño e inusual puede producirse con toda naturalidad, siempre que consiga la debida justificación científica, aunque sea puramente imaginaria... Claro que desde una mirada muy general y poco refinada podríamos distinguir dentro de la literatura lo «realista», en que los hechos y las conductas se ajustarían fielmente a lo verosímil y previsible por el uso inveterado, y lo «fantástico», en que cabría todo lo que no tuviese tales restricciones, empezando por lo onírico. Pero aquí se trata de matizar, y pienso que la ciencia-ficción pura no pertenece a lo fantástico, e incluso que los términos «anticipación» o «literatura futurista», que también se utilizaron para acotar este territorio de la ficción literaria no iban desorientados, pues el género suele plantear situaciones en las que, gracias a descubrimientos científicos, a evoluciones técnicas, a modificaciones cósmicas o a transformaciones biológicas, se nos presentan situaciones que pertenecen sobre todo a un hipotético futuro. Tal vez por eso Isaac Asimov, tan racionalista dentro de su inagotable capacidad inventiva, dijo: «Las historias de SF son viajes extraordinarios a uno de los infinitos futuros concebibles». En cualquier caso, es evidente que el género de ciencia-ficción ha servido para hacer fructificar excelentes y abundantes cuentos literarios y novelas, y ha estimulado la imaginación de muchos lectores.

Volviendo al tema central, parece haber un acuerdo general en que el antecedente directo de la ciencia-ficción moderna está en el *Frankenstein* de Mary Wollstonecraft Shelley (1818) e Isaac Asimov, en su libro *Sobre la ciencia-ficción* (Edhasa, 1986), nos recuerda que uno de los primeros en advertirlo fue el escritor del género Brian Aldiss. Pero la fabricación de seres animados, la invención de objetos o máquinas extrañas, los seres monstruosos ajenos a nuestra naturaleza, los viajes asombrosos, las armas que superan lo normal en su época, los poderes extraordinarios —la capacidad para el vuelo, la invisibilidad, la fuerza invencible...— han estado en nuestra imaginación desde hace milenios. A este respecto, recomendando vivamente la lectura del breve pero enjundioso libro ilustrado de Póllux Hernández *La prehistoria de la ciencia-ficción. Del tercer milenio antes de Cristo a Julio Verne* (Lear Editores, 2012) en el que se expone con abundancia de ejemplos esa especie de «tecnología imaginaria antecesora» que interesó a tantas culturas y sociedades humanas, empezando por la antigüedad y continuando por la

edad media y el Renacimiento, hasta llegar a lo que él llama «la nueva ciencia» y a las ficciones previas al género «bajo tierra», «en la superficie», «en el espacio» y «en el tiempo».

El caso es que descubrí la ciencia-ficción en un tiempo en el que los libros dedicados a ella se publicaban en las editoriales de envergadura —Bruguera, Minotauro, Edhasa...—, en el que había revistas dedicadas a difundir relatos de ciencia-ficción —*Nueva Dimensión*, por ejemplo— y en el que los libros del género se ofrecían en mostradores específicos en las buenas librerías. Con esto quiero decir que, a mi juicio, entonces la ciencia-ficción estaba totalmente viva y ocupaba un lugar visible en el mundo lector, aunque sus aficionados más apasionados perteneciesen a uno de esos conjuntos de lectores «especialistas». Y creo que en la ciencia-ficción clásica, la que yo conocí entonces, se establecieron los arquetipos fundamentales del género, sin que la que se escribe en estos momentos haya añadido demasiado a aquella salvo en el terreno de la informática y el mundo virtual, pues los patrones de entonces siguen vigentes en el tiempo que vivimos, como los autores de la «edad dorada» persisten en el recuerdo de los buenos lectores.

Voy a contar una anécdota que puede venir al caso. Mi primera novela, *Novela de Andrés Choz* (1976) era la historia de un hombre que, amenazado por una enfermedad irreversible, escribe una novela de ciencia-ficción —el naufragio de un prodigioso extraterrestre en el planeta Tierra— que acaba entrelazándose con su peripecia «real». Era una novela «metalingüística», y podía leerse como un experimento narrativo o como una novela de ciencia-ficción, lectura que en su momento nadie hizo, a juzgar por las críticas que tuvo el libro cuando fue editado. Acabó por fin el siglo y cierto día me llamó un joven para hacerme una entrevista, pues al parecer se hablaba de mi novela en una obra que hacía balance de las novelas del género durante el siglo XX. El libro se titulaba, precisamente, *Las 100 mejores novelas de ciencia-ficción del siglo XX* (La Factoría de Ideas, 2001, coordinación de Julián Díez) y en un apéndice, entre las «quince mejores novelas españolas» estaba *Novela de Andrés Choz*. Tuve con el joven, Alberto García-Teresa, una larga entrevista de la que nació una relación amistosa.

Lo que me sorprendió de aquel encuentro fue que mi interlocutor citaba como contemporáneos suyos a los autores que, treinta años antes, habían sido tan familiares para mí. Adquirí el libro y me conmovió reencontrármelos: allí estaban Olaf Stapledon con su extraña y poderosa novela *Hacedor de estrellas*, uno de los viajes cósmicos más interesantes entre los que se hayan podido imaginar; allí estaba Fredric Brown con su *Universo de locos*, singular muestra de la interacción de mundos paralelos escrita con tanto humor como vigor —quiero recordar que, cuando colaboraba en la extinta *Revista de libros* (la imprenta) escribí un extenso artículo sobre *Ven y enloquece y otros cuentos de marcianos* y *Luna de miel en el infierno y otros cuentos de marcianos*, libros ambos publicados por Ediciones Gigamesh en 2005—; y allí estaba *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury, el estupendo autor de otras novelas como *Fahrenheit 451* y de libros de cuentos memorables como *El hombre ilustrado* o *Las doradas manzanas del sol* —por cierto, en mis tiempos jóvenes, quienes se tenían por «genios» aficionados a la ciencia-ficción consideraban a Bradbury «demasiado literario»: al parecer, leer ciencia-ficción no era compatible con leer a León Tolstói o a Antón Chéjov, a Maupassant o a Galdós, a Thomas Mann o a Faulkner, y los autores del género debían renunciar al estilo y a la gracia literaria. Como sentenció Horacio, «contra la estupidez, los propios dioses se ven impotentes». Y al citar a Horacio recuerdo que allí estaban también las *Fundaciones* de Isaac Asimov, autor de esa novela inmortal de mundos paralelos que se titula *Los propios dioses*, de las insoslayables «leyes de la robótica» —que yo mismo he debido cumplir al escribir algún cuento de robots— y de tantas novelas y relatos de primera categoría; y allí estaba John Windham con *El día de los trífidos*, terrorífica historia de plantas extraterrestres que se hacen dueñas del planeta Tierra cuando los humanos quedamos ciegos por culpa de una lluvia de meteoritos; y allí estaba Alfred Bester con *El hombre demolido*, magnífica historia de sueños y telepatía; y allí estaba Clifford D. Simak con *Ciudad*, un con-

junto de historias que empieza citando a los perros cuando se reúnen alrededor del fuego y los cachorros preguntan qué fue el hombre, que era una ciudad, qué era una guerra...

Y cuando me parece que ya he dado una muestra suficiente de lo que es el libro, como lo tengo a la vista, veo que en él están también, con muchos otros que no puedo citar porque este texto resultaría interminable, Theodore Sturgeon con *Más que humano*, excelente especulación sobre la interacción mental, Fredric Pohl y C. M. Kornbluth con su escalofriante *Mercaderes del espacio*, que debería ser de lectura obligatoria para todos los neoliberales eufóricos y prepotentes que quieren terminar con el Estado y el modesto bienestar que habíamos logrado conquistar los europeos, y ahí está Arthur C. Clarke con *El fin de la infancia* y los «super-señores» tutelares de la especie humana —nunca olvidaré su *Cita con Rama*, la misteriosa nave deshabitada pero en perfecto funcionamiento que atraviesa el espacio con propósito y rumbo desconocidos...— Y ahí están Fritz Leiber con las Serpientes y las Arañas luchando en el tiempo, y Philip K. Dick, —que está ahora de moda, hasta el punto de que muchos creen que fue el único «grande» de la ciencia-ficción— y Robert A. Heinlein con *Tiempo para amar* y el hombre más viejo del universo deseando morir, y el citado Brian Aldiss con *Invernáculo*, donde el Sol está a punto de convertirse en una nova, y J. G. Ballard —¿cómo no me voy a acordar de *El mundo sumergido* cuando estamos viviendo el inicio del retiro de los casquetes polares!—, y Ursula K. LeGuin con *La mano izquierda de la oscuridad* y los extraños extraterrestres con los que los humanos intentan negociar, y Frank Herbert con el peculiar mundo de *Dune*, y Philip José Farmer con su «Mundo del Río»...

Además, el libro, en un apartado —«Las mejores novelas *slipstream* de C. F.»— incluye otros libros que no están claramente dentro de lo fantástico, ni de la ciencia-ficción, ni del puro realismo —aunque todo eso resultaría discutible al analizar algunos de los textos— como *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle; *Nosotros*, de Yevgeni Zamiatin; *Un mundo feliz* de Aldous Huxley; *La guerra de las salamandras*, de Karel Čapek; *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares; 1984, de George Orwell; *El señor de las moscas*, de William Golding; *Las sirenas de Titán*, de Kurt Vonnegut Jr.; *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess, entre otras. Echo de menos *Matadero cinco* o *la cruzada de los niños*, de Kurt Vonnegut. Y hago otro inciso: las ficciones de carácter distópico —es decir, las que suceden en un futuro donde toda desdicha se cumple— me interesan especialmente desde que leí *La máquina del tiempo* de H. G. Wells, y en ese conjunto incluyo, por ejemplo, las ciudades *Nosotras*, *Un mundo feliz*, 1984, y la reciente *El día del oprichnik* de Vladimir Sorokin (Alfaguara, 2008).

Mi joven interlocutor era fervoroso lector de ciencia-ficción pero, como he apuntado, casi todos los autores que veneraba pertenecían a mi época, treinta años antes de nuestra charla, y una gran parte había fallecido ya. Cuando se lo dije —y le recordé que los libros de ciencia-ficción ya no ocupaban en las librerías ningún expositor especial, que las editoriales que los publicaban solían ser pequeñas, etcétera— se quedó un poco desconcertado, porque yo opiné que la ciencia-ficción había sido una especie de utopía del siglo XX, como el socialismo de estado, que ya no tenía lugar. Él me citó entonces a nuevos autores, entre ellos a Orson Scott Card —del que he leído *El juego de Ender* y otras novelas, sin encontrar la verdadera chispa de los clásicos, e incluso sintiendo un regusto de viejas historias recicladas, como aquella de los jugadores de la mágica partida de ajedrez que recogió Washington Irving en sus *Cuentos de la Alhambra*—, pero nuestra charla me hizo reparar la ciencia-ficción que se conservaba en mi biblioteca.

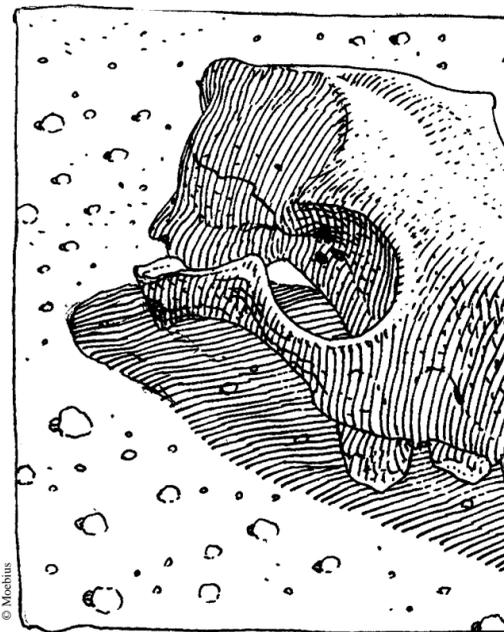
Entre otros muchos libros, descubrí a algunos estudiosos españoles precusores en la investigación sobre el tema entre nosotros: por ejemplo, en 1972 Juan Ignacio Ferreras publicó *La novela de ciencia-ficción* (Siglo XXI de España editores). En el libro habla de las «mediaciones literarias», comparando el género con lo que toca a lo estrictamente científico, al terror, a la que él llama «anticipación política», a la *space-opera* —la pura aventura espacial, sin más, como podría ser la por otra parte fascinante serie cinematográfica de *La guerra de las galaxias*, que yo considero en la estirpe de los libros de la andante caballería—, a lo fantástico; habla también de las «mediaciones sociohistóricas y socioeconómicas» —la crisis del 29, las vanguardias artísticas, el desarrollo tecnocrático y tecnológico...—. Luego, va intentando definir el concepto y la temática de la ciencia-ficción, remitiéndose a diversos autores y proponiendo tres grandes apartados temáticos: el de «ciencias y técnicas», lo referente a «extraterrestres y mundos paralelos» y lo que denomina «la conquista del tiempo». En el libro hay también una selección de autores y de novelas.

Otro estudio interesante, sobre todo por su propósito divulgador, publicado en el año 1975 por la Biblioteca Cultural RTVE (editoriales Prensa Española, Magisterio Español y Editora Nacional) fue *La literatura de ciencia-ficción* de Juan José Plans. El libro, ilustrado con imágenes de diversas películas, describe el género, lo analiza la luz de las definiciones de distintos especialistas, señala sus antecedentes hasta el siglo XX, pasando por Luciano de Samósata, Cyrano de Bergerac, Poe, Verne y Wells, entre otros, y profundiza en su actualidad, recomendando libros y citando colecciones —la lista, meramente indicativa, señala diecisiete en español— y haciendo la referencia no sólo a *La Estafeta Literaria*, que en su número 390 —24 de febrero de 1968— estuvo dedicada a los autores españoles de ciencia-ficción, sino a cinco antologías de autores españoles de ciencia-ficción aparecidas por aquellas fechas. También Plans recomienda varios estudios sobre el género de los que, por cierto, tengo tres en mi biblioteca: *El universo de la ciencia-ficción*, de Kingsley Amis (ed. Ciencia Nueva, 1966); *Ciencia y ficción*, de Patrick Moore (ed. Taurus, 1965) y el citado de Juan Ignacio Ferreras.

Además, encontré otro libro de F. Ferrini, *Qué es verdaderamente la ciencia-ficción* (ed. Doncel, 1971) cuyo índice es una muestra amplia de los temas del género: ciencia y poesía; los milagros naturales; el *continuum* espacio-tiempo y los universos paralelos; la crítica social; la desposesión de la historia; los monstruos; los robots, las máquinas pensantes y los hombres artificiales; los superhombres; los mutantes; los alienígenas; y dos capítulos curiosos que incluyen a los niños y a lo que el autor llama «los espíritus burlones» —*Poltergeist* y otras figuras similares—.

La vitalidad del género en aquellos tiempos llegaba a tal punto que conservo la *Barlowe's Guide to Extraterrestrials*, *Great Guide from Science Fiction Literature* (Workman Publishing, Nueva York, 1979) de Wayne Douglas Barlowe, Ian Summers y Beth Meachan, con prólogo de Robert Silverberg —otro interesante autor del género— en la que figuran, presentadas a todo color y señalando su proporción con los seres humanos, cuarenta y ocho figuras de extraterrestres provenientes de cuarenta y ocho novelas: desde *El nombre del mundo es bosque*, de Ursula LeGuin a *La nube negra* de Fred Hoyle, pasando por *Una plaga de demonios* de Keith Laumer, *El experimento Dosadi* y *El mestizo de Dune* de Frank Herbert y otras novelas de Robert A. Heinlein, Larry Niven o Paul Anderson.

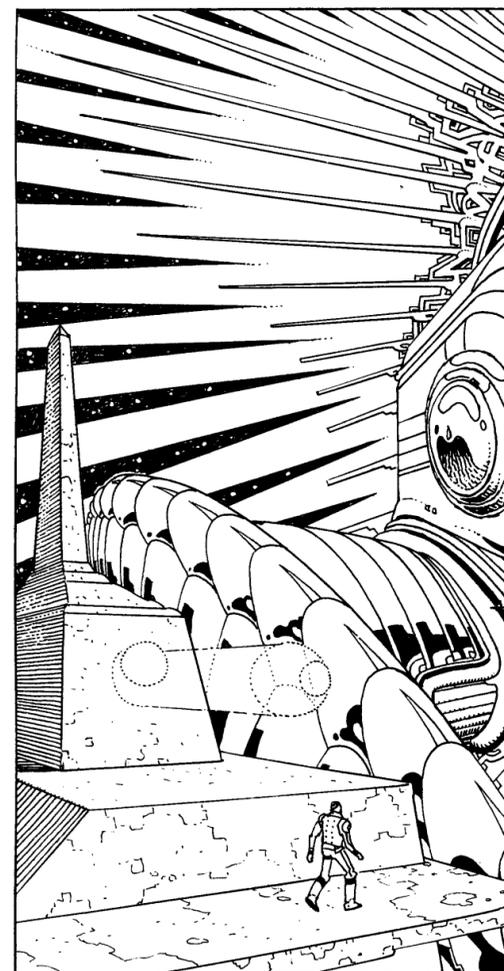
Insisto en que eran los años de la efervescencia creativa y editorial del género. El que se hubiesen seguido escribiendo novelas de ciencia-ficción no aumentó significativamente la proyección de aquel panorama, aunque los



© Moebius

avances en materia de informática hayan permitido abrir nuevos horizontes. Además, justamente en los años ochenta aparecieron los relatos llamados de «espadas y brujería», una tendencia que buscaba lo mágico sobre lo racional, y *Conan el cimmerio*, de Robert Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter, con otros libros similares, fueron desplazando a las ficciones en que la preocupación digamos «científica» marcaba su identidad. *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien, que hay quien incluye en la ciencia-ficción cuando claramente pertenece al género maravilloso, es significativo de aquel abrupto cambio que desplazó la ciencia-ficción del lugar que ocupaba.

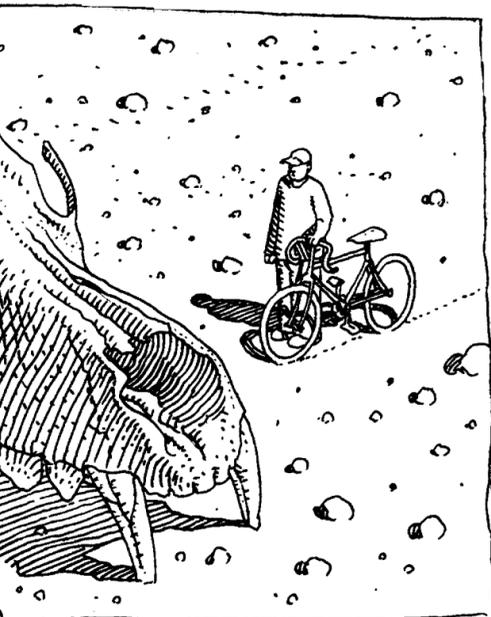
También tengo escrito que el final de la guerra fría, que había suscitado una atmósfera



CIENCIA-FICCION

A MERINO

Un lujo: un artículo original de José María Merino el académico de la Lengua es experto.



ción llegue alguna vez a ser enormemente popular. La ciencia-ficción tiene por fuerza un alto contenido intelectual, porque debe dar cuenta de la ciencia, de la gente y de sus interacciones, y hacerlo de una forma plausible e inteligente. Esto restringe su público a un sector bastante despierto de la población, pero que es también muy fiel. En cuanto a la ciencia-ficción visual, puede llegar a tener un futuro más dramático. Si se aferra a los efectos especiales como a una panacea, cada película tendrá que superar a sus predecesoras, aunque sea a costa de devastaciones cada vez más impresionantes, y el público se cansará rápidamente. Tanto más cuanto que los grandes gastos en efectos especiales llevan a los productores de películas a ahorrar en lo concerniente a los guiones y a la actuación...

Pero como consecuencia de aquel encuentro, repasé también los estudios y recopilaciones más recientes de ciencia-ficción que tenía en mi casa. Años antes, en 1990, Miquel Barceló había publicado *Ciencia-ficción, guía de lectura* (Nova Ciencia-ficción) que es también una exhaustiva antología de nombres, premios, revistas, listas clásicas de los mejores libros del género, y que yo había considerado una especie de «obra testamentaria». En ella aparecen cien escritores extranjeros y cien títulos, veinte escritores españoles y cincuenta títulos. En el panorama echo de menos —como en el otro— alguna alusión a autores rusos, pues en 1968 Bruguera / Libro Amigo publicó una recopilación de Jacques Bergier, *Lo mejor de la ciencia-ficción rusa*, en la que se incluían obras maestras, como «Los cangrejos caminan sobre la isla» de A. Dneprov... Y cito, de paso, la antología *Lo mejor de la ciencia-ficción alemana*, recopilación de Jörg Wedigand que publicó Bruguera / Libro Amigo en 1967, un conjunto de historias dentro de un género marcado por la prevalencia de lo anglosajón.

¿Pero qué decir de la ciencia-ficción española? A partir de mi charla con Alberto García-Teresa descubrí que, cuando los clásicos quedaban tan lejos, presentaba indudable vitalidad. Como he señalado, en los libros citados hay referencias a ella, lo que parecía demostrar que estaba entonces mucho más presente que en mis tiempos de estudiante, tiempo en el que, para mí, casi solamente existían aquellas «novelas de quioscos» de George H. White (Pascual Enguidanos Usach) que conformaron *La saga de los Aznar*, y las de Domingo Santos. Sin embargo, debo reconocer que yo no estaba bien informado. Por ejemplo, en el citado libro de Juan Ignacio Ferreras, entre los noventa y tres autores citados en el «catálogo seleccionado» que incluye, figuran Juan G. Atienza, Carlos Buiza, María Guera y Arturo Mengotti, Antonio Ribera, Domingo Santos y Luis Vigil. Y debo apuntar que en el «catálogo» no solamente se incluyen autores americanos e ingleses, sino también rusos, checos, italianos, franceses y polacos. En cuanto al libro de Juan José Plans, entre los españoles cita como precursores de los años veinte a José de Elola («coronel Ignotus»), y a Jesús de Aragón («capitán Sirius»), y luego a Blanco Belmonte, Roque de Santillana, Eduardo Texeira, Antonio Ribera, Francisco Valverde Torné, José Luis López Cid, Tomás Salvador y E. Jarnés Bergua, creador de *Diego Valor*. En la década de los sesenta, cercana al momento en que Plans escribe su libro, con Domingo Santos, Luis Vigil, Juan G. Atienza, Carlos Buiza o José Luis Garcí, cita nada menos que treinta y nueve nombres de autores que escribían ciencia-ficción en exclusiva o que hicieron en ella alguna incursión aislada. Y posteriormente, el tiempo me iría demostrando que la ciencia-ficción española existía, materializada por la voluntad de unos cuantos escritores.

En 2002 apareció el libro *La ciencia-ficción española*, (Ediciones Robel) con introducción de Fernando Martínez de la Hídalga, donde diversos autores exponen aspectos relacionados con el título a lo largo de más de

quinientas páginas de amplia caja. Los temas tratados son sugerentes: un repaso de las colecciones de ciencia-ficción populares —donde estaban el citado George H. White, pero también Luis García Lecha, que firmó como Clark Carrados, Luis G. Milk, Glenn Parrish y Casey Mendoza, por lo menos...—, con Larry Winters y Alan Comet, todos ellos autores de libros «de quiosco»; un repaso a las portadas de las distintas publicaciones; o a los nombres propios de «la madurez del género» —donde ese encontraban, entre otros, los de Domingo Santos, Carlos Saiz Cidoncha, Gabriel Bermúdez Castillo y una referencia a la revista *Nueva Dimensión*; y, por fin, un repaso a los nombres que, en aquellos momentos, representaban la actualidad de la ciencia-ficción española: Rafael Marín —«padre espiritual» de las nuevas generaciones, según el estudio correspondiente, Luis G. Prado—, Elia Barceló, Juan Manuel Aguilera y Javier Redal, César Mallorquí —hijo del autor de *El Coyote*, mítica serie popular «del Oeste» de mi infancia y adolescencia—, Javier Negrete, Joan Carles Planells, Rodolfo Martínez, León Arsenal, Félix J. Palma... El libro concluye con un exhaustivo índice de colecciones españolas del género.

Aquel mismo año 2002, el citado Julián Díez publicó una *Antología de la ciencia-ficción española, 1982-2002* (Minotauro) que agrupa cuentos de autores ya citados y de otros: Juan Miguel Aguilera, León Arsenal, Elia Barceló, Armando Boix, José Antonio Cotrina, César Mallorquí, Daniel Mares, Rafael Marín, Rodolfo Martínez, Ramón Muñoz, Joan Carles Planells y Eduardo Vaquerizo. Parece que la ciencia-ficción se iba afirmando como género literario entre nosotros, y el antólogo afirmaba en el prólogo que «los noventa han sido, sin duda, el punto culminante del género en España». Si repasamos los relatos de la antología —alguno con extensión de novela corta— veremos, sin embargo, que aparte de la insoslayable gravitación de los clásicos sobre la obra de nuestros contemporáneos, sigue siendo complicado definir la ciencia-ficción con unas características determinadas. En el relato de Rafael Marín (*Mein Führer*), mediante una máquina de tiempo denominada cronodeslizador se intenta cambiar la derrota nazi en la segunda guerra mundial asesinando a Churchill, pero el resultado cambia también a los perpetradores del atentado, de modo que sucesivos viajes irán creando un futuro cada vez más confuso; en *La estrella*, de Elia Barceló, descendientes de terrestres regresan a una Tierra arrasada en el pasado para confluir con seres invisibles capaces de sugerir visiones idílicas; *El rebaño*, de César Mallorquí, nos hace asistir a la desaparición de la vida en la Tierra, a través de un satélite artificial, de poderosas epidemias y de una presencia de perros que muestra un indudable homenaje a Clifford D. Simak. En *El centro muerto*, de León Arenal, una astronave llega a una zona de naufragios y pecios perdidos donde existe una especie de monstruoso kraken espacial; en *El bosque de hielo*, de Juan Miguel Aguilar, se narra la pérdida de otra nave distribuidora de brotes de «árboles vivienda» por los lugares adecuados del espacio, y encontraremos una mujer clonada y un peculiar monstruo de apariencia extraterrestre; *Otro día sin noticias tuyas*, de Joan Carles Planells, es la historia de unos naufragos en la Tierra que a través de los años se buscan adoptando las apariencias de quienes los rodean; *Un jinete solitario*, de Rodolfo Martínez, narra la historia de un profesor de espías, y en la trama son decisivas la programación cibernética y la creación de seres virtuales que se hacen visibles mediante hologramas; en *Nada personal*, de Armando Boix, la transmisión mental de información es lo que convierte en ciencia-ficción la historia de un ejecutor que elimina a un supuesto traidor al grupo; *Los herederos*, de Daniel Mares, presenta, en un lejano planeta, descendientes de embriones huma-

nos que germinaron en otros seres vivos; en *Días de tormenta*, de Ramón Muñoz, asistimos a confusos enfrentamientos en un panorama bélico donde las prótesis son muy importantes; *Una esfera perfecta*, de Eduardo Vaquerizo, ofrece un imperio en el que existen oficios, cargos y seres con nombres como *orgos*, *ofibles*, *arquetes*, *humiltres*, *arcionis* y *monsgres* amaestrados; por último, en *Entre líneas*, de José Antonio Cotrina, alguien matriculado involuntariamente en un curso de «técnicas de lectura avanzada» va leyendo «entre líneas» *El principio* y *La conjura de los necios* y descubriendo mundos que se ocultan en mundos que se ocultan en mundos. No veo clara la adscripción de los últimos tres relatos a la ciencia-ficción, pero eso muestra las frágiles fronteras del género.

Diez años después (2012) aparece otra recopilación, *Prospectivas. Antología del cuento de ciencia-ficción española actual*, de Fernando Ángel Moreno (Salto de Página) con un estudio donde el antólogo da especial relevancia a lo que llama la «ficción prospectiva», que tiene más que ver con la verdadera especulación futurista que con la aventura imaginaria —el diccionario de la RAE define «prospectiva» como lo «que se refiere al futuro o trata de conocerlo anticipadamente mediante la proyección de datos del presente» —es decir, la ciencia-ficción verdaderamente sustanciosa—. El antólogo reúne dieciocho cuentos firmados por autores ya incluidos en la citada de Julián Díez —César Mallorquí, Elia Barceló, Rafael Marín, León Arsenal, Juan Miguel Aguilera, Rodolfo Martínez, Daniel Mares, Eduardo Vaquerizo— añadiendo los nombres de Manuel Vilas, Joaquín Revuelta, el propio Julián Díez, Juan Antonio Fernández Madrigal, Santiago Eximeno, Juan Jacinto Muñoz Rengel, Carlos Pavón, Roberto Bartual, Matías Candeira y José Ramón Vázquez. Yo añadiría, por lo menos, los de Ana Alonso y Javier Pelegrín, autores de una serie dedicada al lector juvenil que se titula *La llave del tiempo* (Anaya, desde 2004).

Pienso que todos ellos son significativos del interés por el género en España en la actualidad, al menos desde la invención. Este interés ha crecido sin duda en la última década, y a falta de una revista como *Nueva Dimensión* otras publicaciones son muestra de ello, y citaré el anuario de ensayo fantástico *Jabberwock* (Bibliópolis bolsillo) aunque la frecuencia de su aparición señala su condición testimonial.

Sin duda se mantiene encendida la brasa de la ciencia-ficción, pero, como señalé antes, en un territorio al margen del tráfico literario común, a través de pequeñas editoriales muy especializadas, aunque los nombres de aquellos autores de los cincuenta/ochenta del siglo pasado sigan nutriendo en general los catálogos. Además, hay que considerar que, nacidos teóricamente de su tronco, han aparecido subgéneros que suponen curiosas derivas: por ejemplo, el *cyberpunk*, donde se mezcla cierto espíritu distópico con tramas del género negro —en materia cinematográfica, creo que la trilogía *Matrix*, de los hermanos Wachowski, sería representativa de ello— o el *steampunk*, un mundo en el que prima la tecnología de vapor y la atmósfera del mundo británico victoriano. Precisamente no hace mucho que participé en un libro colectivo titulado *Steampunk, antología retrofuturista* —editorial Fábulas de Albión, 2012, coordinación de Félix J. Palma— con un cuento en el que, en un ambiente de movilidad colectiva dominado por la bicicleta —aunque estamos a finales del siglo XX— irrumpe el motor de explosión. Me divertí mucho escribiendo ese cuento, que pudiéramos llamar «de tesis», pero no tuve la sensación de escribir un cuento de ciencia-ficción, como cuando elaboré *Las puertas de lo posible: cuentos de pasado mañana* (Páginas de Espuma, 2008) donde jugué con robots, viajes en el tiempo y en la imaginación, metamorfosis biológicas... En el título hacía referencia a cierta expresión del *Manifiesto futurista* de Marinetti, porque en 2009 se cumpliría su centenario, consciente de lo que tal documento supuso en lo estético y en lo político, para bien y para mal..., pero absolutamente nadie se acordó del dichoso *Manifiesto*, y de nuevo las críticas estuvieron orientadas más desde lo literario que desde la mirada del género. En este sentido, es curioso constatar cómo, para la mayoría de la crítica literaria «canónica», la ciencia-ficción fue y es prácticamente desconocida, como el mundo de la

ciencia-ficción está poco abierto a libros que tengan algo que ver con el género, si aparecen fuera del gueto.

Lo que sí debo señalar es que, aunque creo que la ciencia-ficción dorada, la que pudiéramos decir que marcó lo que antes denominé *arquetipos del género*, pertenece al pasado, no sólo hay escritores que siguen elaborando ciencia-ficción con entusiasmo, sino que también hay sutiles modificaciones en la perspectiva académica al enfocarla, como ha venido sucediendo con lo fantástico. Hace años no podía pensarse, por ejemplo, que pudiesen existir congresos de literatura fantástica en universidades, y yo he asistido ya a tres o cuatro. Algunos estudiosos universitarios han entrado sin prejuicios en aspectos olvidados de la literatura española del siglo XIX, como lo fantástico, con interés y asiduidad —citaré a David Roas, por lo menos— pero también en la ficción antecesora del género de ciencia-ficción, y así se han recuperado, por ejemplo, *El anacronópeta*, de Enrique Gaspar y Rimbau, en edición de María de los Angeles Ayala (Universidad de Barcelona, 1998) una obra publicada en 1887 y que trata de la máquina del tiempo antecediendo en ocho años a *The time machine*, de H. G. Wells —aunque de manera menos laica e interesante, todo hay que decirlo— o ciertos relatos de José Fernández Bremón, *Un crimen científico y otros cuentos*, edición de Rebeca Martín (editorial Lengua de Trapo 2008).

En 2010, Fernando Ángel Moreno, el autor de la antología de cuentos españoles antes citada, profesor de teoría del lenguaje literario en la Universidad Complutense, ha presentado el libro *Teoría de la literatura de ciencia-ficción, poética y retórica de lo prospectivo* (Portal Ediciones) un tan voluminoso como atractivo análisis de la materia, hecho a conciencia desde la mirada investigadora, en el que no solamente estudia contenidos y conceptos sino que acuña toda una «teoría de lo prospectivo», desde las perspectivas del lenguaje, el tiempo, el espacio y los personajes, estableciendo las líneas maestras de su historia con referencias tanto extranjeras como españolas, incluyendo una serie de apéndices muy interesantes, entre ellos una bibliografía en que distingue entre la narrativa realista, la fantástica, la maravillosa, la de ciencia-ficción y la prospectiva. Debo reconocer que en mis tiempos de joven lector de ciencia-ficción un libro como este, en España, no hubiera sido posible.

Y es interesante constatar también la naturalidad con que José Manuel Sánchez Ron, catedrático de historia de la ciencia en la Universidad Complutense y académico de la RAE, ha utilizado una perspectiva propia de la ciencia-ficción para la historia de la ciencia en su magnífico libro *Curtas a Isaac Newton (9687-9688 d. C.) El futuro es un país tranquilo*, una obra cuya primera edición apareció en 2001 pero que ahora se edita con una profunda revisión del autor (editorial Espasa, colección Austral, 2013). En el libro, un hombre llamado Always Maksir, «El Último de los Antiguos», escribe doce cartas a Isaac Newton desde el siglo C después de Cristo. En ellas no sólo va manifestando su rendida admiración hacia él, como hacia Charles Darwin y Albert Einstein, y hablando de otros muchos científicos —Leibniz, Lavoisier, Faraday, Max Planck, Heisenberg, Dirac...— mientras expone con amabilidad y rigor todos los logros que ellos consiguieron y el contexto en el que tales logros tuvieron lugar, y al hilo de ello, la historia de la ciencia en todos sus extremos, sino que hace interesantes apuntes de lo que es el mundo que rodea a su personaje, impregnando la obra de una sutil resonancia de ciencia-ficción: en el siglo C se ha duplicado la esperanza de vida, las energías utilizadas son impecables, los destrozados, exterminios y contaminaciones de nuestra época han sido compensados con una nueva biodiversidad..., aunque la ciencia ha llegado a su fin y estamos en la época de los llamados «Imperturbables». Una visión del futuro impregnada de una ciencia-ficción aparentemente utópica —si bien los siglos XXI a XXIV han estado marcados claramente por lo distópico— que nos enseña y nos hace reflexionar. Aunque no pertenezca estrictamente al género, ningún buen aficionado a la ciencia-ficción debería perderse este libro.

Y es que, a pesar de todo, la ciencia-ficción, aceptada ya en el mundo académico, ha resultado un sueño vigente.



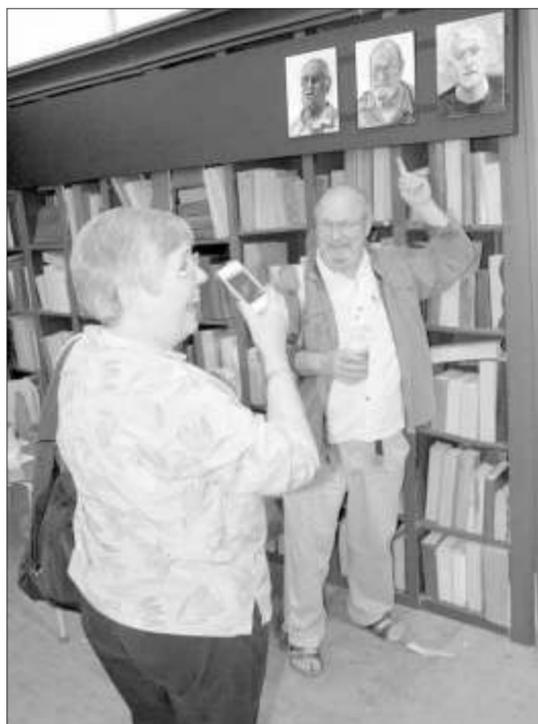
© Moebius



DÍAS EXTRAÑOS

Está escrito: en el amanecer de los últimos tiempos, veréis cosas extrañas. Y vaya si las estamos viendo. No tonterías como lluvias de ranas, terneros con dos cabezas, apariciones de vírgenes (hace mucho que desapareció toda su especie, si es que alguna vez la hubo, parafraseando a **Jardiel**), estúpidos objetos voladores no identificados, y demás parafernalia infernal o *forteana*. No. Estamos viendo cosas que desafían cualquier sinsentido. Que abren la mente... como se abre una sandía para escupir sus pepitas. Vimos, por ejemplo, a un veterano de la mejor ciencia-ficción —y de las peores guerras—, sentado frente a una cámara de vídeo, mientras era retratado por un pintor que, al tiempo y a la vez, le entrevistaba en su idioma natal —el inglés, y no el *klíngon* como alguno podría creer—, mientras un traductor vertía preguntas y respuestas al castellano, y un monitor reproducía para el público presente la imagen del escritor y su re-

trato en marcha —*work in progress* nunca tuvo un sentido más ajustado—, tomando forma y convirtiéndose en su do-



ble instantáneo. Todo ello en vivo y en directo.

El retrato de **Joe Haldeman** por **Félix de la Concha** en el Espacio A Quemarropa, el pasado día 6 de julio de 2013, es historia. Menuda historia: en algo así como una hora, el universo entero de la galaxia multimedia del siglo XXI quedó concentrado en un solo punto del espacio/tiempo, como en una esquina borgiana —no necesariamente rosa—, en un grabado de **Escher** o una ecuación de **Gödel**. La pintura, en su manifestación de retrato, la más clásica de las artes plásticas, heredera de Altamira, junto, al lado y a la vez que la reproducción y grabación digital en tiempo real (¿es real el

tiempo?), la más reciente de las innovaciones visuales. La entrevista, apenas entrevista por un público espectador convertido en parte del espectáculo. El retrato de Haldeman, absorbiendo, como en una pesadilla de **Poe** o un sueño de **Dorian Gray**, el rostro, las facciones del autor... Pero también sus experiencias biográficas, sus opiniones, sus sentimientos y emociones del momento. Vampirizándole, en cierto modo, mientras el artista se convierte a la vez en protagonista usurpador del *show*, consagrado inicialmente al escritor. Todos, autor, pintor y espectadores, unidos, fundidos y gustosamente confundidos en un mismo circuito retroalimentado, apocalíptico e integrado, auto-referencial, meta-referencial e hipermoderno.

¡Ay, las cosas que hemos visto, amigo Falstaff! ¡Las cosas que hemos visto, cuando oímos sonar las campanas! Las campanas del final de los tiempos. Al menos, tal y como los conocíamos. No es, creo yo, el final de la historia. Pero sí el final de una historia lineal, en progresión supuestamente perpetua, en evolución desde un punto de partida —*big bang*— hasta otro final —cielo, utopía, paraíso, superhombre—. Una historia universal de la nada, que ahora surge desde infinitos puntos —*kiss kiss bang bang*— y no sabemos hacia dónde nos conducirá. Si es que tiene que conducirnos a alguna parte. Lo fundamental, como demostraron Haldeman y su retrato, es disfrutar del espectáculo. Sólo cuando no podamos o no nos dejen, estaremos muertos.

El extraño hombre viviente.

TRAS EL SETO

LOS GARITOS

—¡Hey, hey, chavales! Sacadme a un tío que está ahí dentro armando jaranas con todo Cristo.

—¿Cuál es?

—El de camiseta de los Lakers, pantalones cortos y chancas. (*Advertencia: salir de noche por la Semana en chancas atenta contra el cociente intelectual de una gallina. No lo hagáis. Ella nunca lo haría.*)

—¿El alto? (*Un mastodonte de dos por dos con cara de idiota-agresivo, es decir, el peor modelo de idiota y con un juego de mandíbula que envidiaría la mismísima Carmina Ordóñez*). Nada tronco. Imposible. Tenemos que llamar a la madera, que esto se nos va.

—Entonces explícame para qué estáis vosotros aquí. Esto es cosa vuestra. (*El dueño del bar es una persona ciertamente limitada pero lo suficientemente trallada en la noche semanera como para saber que la pasma tiene paso corto y actitud calmosa cuando presienten movida.*)

—Estamos aquí para intentar que todo vaya bien, pero no somos Hulk ni **Chuck Norris**.

Llegados a este punto la conversación se acaba. Es una pena que un intercambio comunicativo tan rico en matices, variedad de ideas, con un discurso tan fluido y una gama de vocabulario tan acojonante se termine tan rápido. Me hago cargo.

El dueño del garito se va rezongando entre dientes. Mientras tanto las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado no terminan de aparecer (lo que nos llama poderosamente la atención) y el *julay* de las chancas sigue metiendo mano y por la *tocha* (*snif, sniff*, todo por la nariz).

Horas después ese *jari* en concreto queda solucionado pero el dueño quiere venganza, y a la tercera advertencia de que debe cortar la música accede a ello y con unas pupilas de un diámetro similar al de la noria y una bolita blanca pegada a los pelos de la *napia* dice por el micro de su antro, creyéndose el tío que mas mola de toda la cristiandad: «¡A ver, *peña!* ¿Seguís con ganas de *fieshtaaa*? Aquí no podemos seguir porque la gente de la organización no nos deja, pero nos vamos a...».

Da igual lo que diga a continuación. Nadie le escucha. Trescientas personas se giran para mirarnos. Puedo asegurar que la sensación no es placentera.

Un día más el anormal del dueño se va pensando que no hemos hecho bien nuestro trabajo y nosotros nos vamos pensando que cuando montas un bar de ratas lo normal es que se llene de ratas.

Mi buen amigo **Joel** dice que «música es aquello que se realiza con instrumentos musicales o la voz humana». Pues eso.

Javier Cayado Valdés

KARLOS GIL. THE MOON MUSEUM

(EL MUSEO DE LA LUNA)

22.06.2013 - 22.09.2013

BECA DKV SEGUROS - ÁLVAREZ MARGARIDE

laboral

Centro de Arte y Creación Industrial

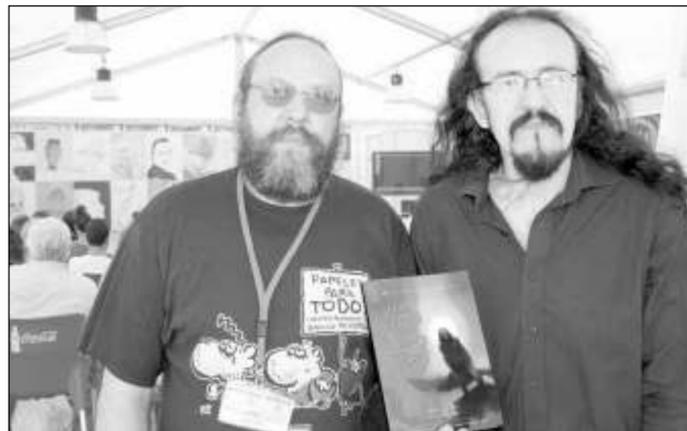
Los Prados, 121
33394 Gijón
T. +34 985 185 577
info@laboralcentrodearte.org
www.laboralcentrodearte.org

Horario de verano: de miércoles a domingo de 11 a 19 horas (lunes y martes cerrado excepto festivos). Entrada gratuita del 1 de julio al 1 de septiembre.

espacio

A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch



Norman Fernández y Silvio Galizzi.

Me permitirán ustedes la licencia. Este plumilla tiene sus pasiones particulares, y una de ellas es la ilustración, el dibujo, la pintura (vaya, ya van tres). Es por ello que la crónica de lo que ayer aconteció en la carpa del Espacio A Quemarropa comienza con la que, cronológicamente, fue la cuarta actividad de la tarde. Después de haber asistido el sábado a lo que **Félix de la Concha** es capaz de hacer con sus pinturas y pinceles mientras conversa con un personaje invitado (entonces **Joe Haldeman**), no podía hoy más que abrir esta página con esta experiencia. Pero a ello han contribuido otros argumentos de peso: el entrevistado ayer fue **Petros Márkaris**, y su diálogo fue la actividad más concurrida de la tarde en nuestra carpa... *Ná, excusas.*

Comenzó De la Concha a emborronar el lienzo con tonos ocres y marrones mientras le comentaba a Márkaris su reciente proyecto en Estambul, ciudad natal del creador del comisario Jaritos y reciente escenario de movimientos de protesta contra el gobierno turco (arriba la plaza de Taksim!). «Siempre mantuve la opinión de que Estambul era una ciudad de minorías, incluida una minoría de turcos frente a la mayoría islamista. Tardaron en darse cuenta, pero al menos ahora ya lo saben», comentó. Márkaris habló de sus orígenes, de la romántica persistencia de su abuelo, hijo de una rica familia armenia que fue desheredado tras casarse con una joven y bella griega. Este hecho lo marcó hasta el punto de que decidió no volver a hablar armenio, y propició así la impronta griega de sus descendientes, incluido su nieto Petros.

De la Concha ya iba perfilando el rostro de Márkaris, objetivo complicado dada la querencia del autor por dirigirse al público y cambiar así la perspectiva de su rostro. «Me muevo, luego existo», se justificó el escritor ante las reiteradas quejas de De la Concha, motivando las risas del público. La conversación derivó hacia Kostas Jaritos, el gran personaje de la obra de Márkaris, testigo y actor de toda una época. «Tengo una profunda amistad con Jaritos», afirmó el escritor, «hasta el punto de que llegar a desayunar "juntos". Yo simplemente le pregunto por qué va a hacer algo y luego lo escribo», comentó.

Antes de abordar el inevitable tema de la crisis, Márkaris advirtió a De la Concha de que, al hacerlo, «no sólo me

voy a mover, sino a saltar». Para evitarlo, el artista le dio una salida: charlar sobre el proceso creativo. Pero Márkaris no pudo (o no quiso) huir del envite. «El proceso creativo depende del momento en el que se desarrolle. Por ejemplo, cuando comenzó la crisis dije que venía para quedarse, e hice pública mi intención de realizar una trilogía sobre



Alejandro Caveda, Alberto González y Natalia Calvo.

ella. La terminé y la crisis sigue aquí. De modo que tengo un problema: o empiezo a escribir una segunda trilogía, o escribo un epílogo y se acabó». Márkaris explicó cómo en su *Trilogía de la crisis* se recoge el deterioro de la vida en Grecia. Sobre su epílogo, afirmó que todavía no sabe qué hará. También hablaron De la Concha y Márkaris sobre su faceta como traductor, dramaturgo o guionista. Y tras una hora de charla, de reflexiones y pinceladas, el reloj impuso su dictadura y la actividad finalizó. Lo hizo con la entrega del retrato por parte de De la Concha a Márkaris, que se mostró muy satisfecho por ver sobre el lienzo a un hombre muy atractivo.

Hasta aquí este atípico comienzo de la crónica, volvemos a la normalidad. Un rato antes de la charla pictórico-literaria, había abierto las actividades en nuestra querida carpa del EAQ la presentación de la novela *El amargo despertar*. Se trata de la primera obra de **Alberto González**, una historia que narra «un apocalipsis muy de Alberto, muy vallecano, como es él», tal y como comentó **Natalia Calvo**, que presentó el acto junto a **Alejandro Caveda**. Y tanto. De hecho, tal y como explicó el autor, la idea surgió en su Vallecas na-

tal, de la hilera de calles vacías de un nuevo barrio en construcción que hicieron surgir la chispa de la que nació este libro. «Escribo para recordar, para en un futuro darme cuenta de lo que he sido», comentó González, que afirmó considerar el apocalipsis como algo muy personal. «Está sucediendo ahora mismo», afirmó para pasmo del respe-

table, que esperaba pasar una tranquila tarde de domingo semanero y no tener que enfrentarse al fin del mundo. Luego lo explicó: «Una de las causas de esta crisis es que en un momento dado decidimos estar solos, pero ahora el ser humano se ha dado cuenta de que, para



Noemí Sabugal y José Manuel Estébanez.

sobrevivir, necesita el apoyo de los demás». Por lo visto dado el panorama actual, se nos ha olvidado cómo hacerlo. Por su parte, Alejandro Caveda resaltó la originalidad de esta obra respecto a otras del género, tanto por su poso existencialista como por la naturaleza de su protagonista. González, un «hijo» de la Semana (fue alumno de los talleres literarios de este festival) ya ha firmado el contrato para la publicación de la que será su segunda novela. Toda la suerte para él y su prometedora carrera.

El cómic fue el protagonista de la segunda presentación de la tarde: *Las andanzas de Vlad Tepes*, del autor uruguayo **Silvio Galizzi**, que resaltó el impulso vivido por la historieta en su país desde su última visita a la Semana Negra, hace tres años. *Al menos en algún sitio las cosas van mejor*, se felicitó **Ángel de la Calle**, que no quiso per-

derse esta cita y encontró un pequeño hueco entre sus múltiples obligaciones semaneras para dar el pistoletazo de salida a la presentación, cuyo peso recayó después en **Norman Fernández**. Nuestro experto fue conduciendo el diálogo con Galizzi para presentarnos a un personaje singular, un vampiro, policía y asesino, álgter ego del guionista, en el que reconoce ciertos rasgos propios (no los peores, se entiende). Tepes fue personaje cinematográfico antes de llegar a las páginas del cómic, y así es como afronta Galizzi la escritura del guión, «como si de una película se tratara». Humor negro e incorrección política, ésas son las claves de *Las andanzas de Vlad Tepes*, a las que sumará en su próxima historia el sexo y el erotismo. ¿Necesitan más argumentos para correr a comprarlo?

Pero si lo suyo no son las viñetas, sino la novela histórica, tranquilos, que en esta carpa tenemos lo que busca. El escritor asturiano **David López** presentó su último libro, *El aventurero Vivar*, una historia de espías ambientada en el siglo XVIII, en pleno declive del imperio español, con Cartagena de Indias como escenario. La presentación corrió a cargo de nuestro director, **Pablo Battalla**, que debutaba en estas lides. Como hacer la pelota queda muy feo, no resaltaré en estas líneas lo bien que lo hizo. Pero hay que admitir que David López se lo puso fácil, todo pasión a la hora de relatar los entresijos de su no-

bras poco más habría decir, pero lo diremos. La novela está ambientada en el año 1936, en la República y el comienzo de la guerra civil, una época que siempre interesó a la autora. «Para muchos españoles, lo que entonces ocurrió era aquello de lo que se hablaba o de lo que no se hablaba en las casas», apuntó Sabugal, que explicó que se había documentado leyendo los periódicos de esos años. «Uno se da cuenta de que entonces no eran conscientes de que había comenzado una guerra civil, y mucho menos de que iba a durar tres años», comentó. El paralelismo con la actualidad, con el antes y el después que puede suponer una crisis como la actual en la sociedad (como entonces fue la guerra) también fue destacado por Sabugal, que, así mismo, subrayó la modernidad y la efervescencia cultural que se vivía en Madrid en el año 36 frente a la *bragañaja* que caracterizó lo que vino después. Como siempre, el tiempo coloca las cosas en su sitio.

El programa en la carpa del EAQ concluyó con la presentación de *Twist*, del escritor vasco **Harkaitz Cano**, novela presentada con su energía habitual por **Paco Camarasa**, que no dudó en cortar el paso a quienes salían de la presentación de *Al acecho* para mantener el alto nivel de concurrencia que se vivió en la carpa durante todo el día (pese a la feroz competencia de la Carpa del Encuentro). Camarasa describió la novela de Cano como «impresentable... porque es difícil de presentar». Ah, así sí. «Rara», «atípica» o «fascinante» fueron otros de los adjetivos dedicados por Camarasa a *Twist*. La desaparición de Lasa y Zabala es el hecho real en el que está basado esta obra, una excusa para presentar y hablar de muchas otras cosas. «Hemos tenido un problema de comunicación a la hora de explicar de qué va el libro», admitió Cano, para el que el caso Lasa-Zabala es el «epicentro, el centro de dolor» en torno al cual giran otros muchos temas. El autor decidió no escribir una novela documental, algo para lo que no sentía capacitado, y sí construyó una novela de ficción en la que se tomó muchísimas libertades. No habló pues con las familias de los desaparecidos antes de escribir el libro. Sí después, y Cano se mostró gratamente sorprendido por la acogida mostrada por ambas. Con toda la dureza del argumento, *Twist* cuenta con pocas páginas felices, pero son éstas de las que el autor se encuentra más orgulloso. «La literatura se hace para hablar de las cosas que se piensan pero no se dicen, para salir del lodazal en el que estamos metidos», apuntó Cano en otro momento de la presentación, en la que también habló de la presencia del sexo en su novela. «Si entonces había poco sexo, en la literatura en euskera mucho menos», remarcó con sorna, algo que parece haber corregido en este libro.

Y así concluyó la jornada dominical en la carpa del EAQ, dejándome tiempo para visitar alguna que otra exposición y disfrutar de las maravillas de esta Semana Negra. Por cierto, no pueden dejar de visitar la muestra dedicada a **Enrique Breccia**. Ya ven, uno no puede renunciar a sus pasiones.



Paco Camarasa y Harkaitz Cano.

PROGRAMA LUNES 8

- 10:30** Inicio del Taller de Escritura para Jóvenes. En el Centro Municipal de El Coto. Profesores **Marcelo Luján** y **Ernesto Mallo**.
- 11:00** Inicio de la distribución gratuita del número 4 de *A Quemarropa*.
- 17:00** **Apertura del recinto de la SN:** Feria del Libro. Atracciones de feria. Terrazas. Música en el recinto y mercadillo interétnico.
- Apertura de **exposiciones:**
- Cómic e ilustración: **ENRIQUE BRECCIA: La línea de sombra.**
- ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CRIMINOLOGÍA.**
- ASTILLERO: Los oficios del dique.**
- Fotoperiodismo: **DE LIBIA A SIRIA** de **Manu Brabo**, Pulitzer 2013 (AP).
- EN CRISIS** de **Olmo Calvo** (Diagonal).
- SALA NEGRA** de **Edu Ponces** (RuidoPhoto).
- DESAHUCIADOS** de **Juan Medina** (Reuters).
- 17:00** Presentación de *El último pasajero*, de **Manel Loureiro**. Con **Jesús Palacios**. (Carpa del Encuentro).
- 17:15** Presentación de *Criminalidad y globalización. Análisis y Estrategias ante grupos y organizaciones al margen de la Ley*, de **Ricardo Magaz**. Con **José Manuel Estébanez** y **Rafael González**. (Espacio AQ).
- 17:30** Presentación de *La última noche* de **Víctor Ros** de **Jerónimo Tristante**. Con **Cristina Macía**. (Carpa del Encuentro).
- 17:45** Presentación de *El último adiós* de **Rodolfo Santullo**. Con **Norman Fernández**. (Espacio AQ).
- 18:00** Presentación de *La libertad interminable* de **Joe Haldeman**. Con **Mauricio Schwarz**. (Carpa del Encuentro).
- 18:15** Presentación de *Madrid 1605* de **Eloy M. Cebrián**. Con **Rafa González**. (Espacio AQ).
- 18:45** **Félix de la Concha** pregunta mientras pinta a: **Guillermo Saccomanno**. (Espacio AQ).
- 19:00** Presentación de *El hombre que amaba a los perros* de **Leonardo Padura**. Con **Paco I. Taibo** y **Ángel de la Calle**. (Carpa del Encuentro).
- 20:00** **José María Merino** presenta *El río del Edén* y habla sobre ciencia-ficción y otros temas. Con **Ana Merino** y **Ángel de la Calle**. (Espacio AQ).
- 20:00** Mesa redonda *La novela histórica como forma de justicia*. Con **David López**, **Alejandro Blanco**, **Luis García Jambrina** y **Eloy M. Cebrián**. Modera **Pilar Sánchez Vicente**. (Carpa del Encuentro).
- 21:00** Presentación de la colección Estrella Negra. Con **Ángela Martín del Burgo**, **Sergio Mira Jordán** y **Félix A. Moreno**. Conduce **Carlos A. Casas**. (Espacio AQ).
- 21:00** Mesa redonda: *Poesía norteamericana n'asturianu: de Walt Whitman a Sherman Alexie*. **Humberto Gonzali**, **Antón García** (L'Arribada). (Carpa del Encuentro).
- 22:00** Concierto en el Escenario Central: Concierto Coca-Cola:

Carlos Jean

PROGRAMA PARALELO

19:30 En la caseta de la librería Burma, **Marcelo Luján** firmará ejemplares de sus novelas *La mala espera* y *Moravia*.



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

El asturiano es una lengua tan despreciada como hermosa, que posee elementos —la metafonía, una equilibrada manirrotura en la utilización de diminutivos, un delicado regusto arcaico— que la dotan de una fuerza poética poderosísima y muy por explorar. No quiero perderme la declamación de traducciones de poemas de **Walt Whitman** y otros clásicos norteamericanos a cargo de L'Arribada, que tendrá lugar a las nueve en la Carpa del Encuentro.

Pero hoy es sobre todo el día de **Joe Haldeman**. Maestro de escritores de ciencia-ficción, Haldeman es el autor de la serie *La guerra interminable*, una famosa trilogía sobre una larga guerra interplanetaria cuya tercera parte acaba de ser publicada en español, con quince años de retraso. Sobre ciencia-ficción también tendrá mucho que decir **José María Merino**, académico de la Lengua que en principio viene a presentar *El río del Edén*, la historia conmovedora del viaje de un padre y su hijo adolescente al Alto Tajo con el fin de esparcir las cenizas de la madre muerta, pero sobre cuya desconocida condición de experto en ciencia-ficción puede servir de prueba el largo artículo publicado en las páginas centrales de este mismo ejemplar de *A Quemarropa*. El artículo ocupaba doce páginas de Word en el original enviado por Merino; el cuerpo de letra ha debido ser reducido para hacerlo caber en la doble página. No puedo sino agradecer a Merino, que es un hombre ocupado, la enorme deferencia mostrada.

También es sobre todo el día de **Padura**. El escritor cubano presentará en la Carpa del Encuentro *El hombre que amaba a los perros*, una larga novela en torno a la fascinante figura del asesino español de **Trotsky**, **Ramón Mercader**.

Esto es la Semana Negra. Y sigue.

HONOR A CONSTANTINO SUÁREZ

Luis Miguel Piñera

Constantino Suárez (Gijón, 1899-1983) es un referente de la fotografía de compromiso en Asturias. A los treinta años de su muerte, lo recordamos como un extraordinario pionero del fotoperiodismo durante la guerra civil y represaliado por el franquismo.



DEPORTADOS EN LA ROBLA, 25 de agosto de 1935

Comunistas deportados al pueblo leonés de La Robla. La prensa de la época habla de «cinco comunistas deportados a La Robla con motivo del Octubre rojo, entre ellos el secretario del Ateneo Obrero, Rufino García González».

Fototeca del Museo del Pueblo de Asturias. Colección de Constantino Suárez.

CERDO HOLMES EN LA SEMANA NEGRA

